



LA ALEGRÍA DE DIOS

Domingo XXIV del Tiempo Ordinario



Éx 32, 7-11.13-14 | Sal 50, 3-4.12-13.17-19 | 1Tim 1, 12-17

Evangelio según san Lucas 15, 1-32 o bien 15, 1-10

Todos los publicanos y pecadores se acercaban a Jesús para escucharlo. Los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos. Jesús les dijo entonces esta parábola: Si alguien tiene cien ovejas y pierde una, ¿no deja acaso las noventa y nueve en el campo y va a buscar la que se había perdido, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la carga sobre sus hombros, lleno de alegría, y al llegar a su casa llama a sus amigos y vecinos, y les dice: Alégrese conmigo, porque encontré la oveja que se me había perdido. Les aseguro que, de la misma manera, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse. Y les dijo también: Si una mujer tiene diez dracmas y pierde una, ¿no enciende acaso la lámpara, barre la casa y busca con cuidado hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, llama a sus amigas y vecinas, y les dice: Alégrese conmigo, porque encontré la dracma que se me había perdido. Les aseguro que, de la misma manera, se alegran los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierte.



Parábolas que hablan de la alegría de Dios

Este domingo la Iglesia nos ofrece tres parábolas que ilustran de modo distinto la actitud de Dios ante al pecador. Nos enfocamos en “la oveja perdida” y “la mujer que busca y encuentra la moneda” ya que la parábola del “Padre misericordioso” fue reflexionada en la Cuaresma.

Se advierte que el redactor ha puesto delicado interés en destacar la dimensión de la alegría que produce encontrar lo que parecía perdido. Las dos parábolas quedan enlazadas artísticamente por dos figuras, una femenina y otra masculina, que buscan intensamente lo perdido y luego convocan a sus respectivos amigos para compartir la alegría del encuentro. Una alegría que llega hasta el cielo: *hay alegría entre los ángeles.*

Jesús quiere destacar y no dejar dudas sobre el valor que representa para Dios un solo hombre o una sola mujer que se pierde; Dios no puede descansar sabiendo que algo importante se ha perdido... Estas parábolas no hablan tanto de los hombres como de Dios; más exactamente, ;de la alegría de Dios!



Espíritu Santo, alegría divina

“Ven Espíritu Santo, alegría divina.

Porque eres la alegría del amor entre el Padre y su Hijo.

Ven porque eres la alegría del corazón de María cuando tenía a Jesús en sus brazos.

Ven porque eres la alegría desbordante de Jesús resucitado.

Ven porque eres la alegría de todos los santos y los ángeles en el cielo.

Ven Espíritu Santo, porque eres la alegría del corazón de los sencillos que se dejan amar.

Ven y derrama esa alegría, gota a gota, en las pequeñas cosas de este día,

en cada encuentro con los demás, en cada uno de mis proyectos,

en mi oración y en mis esfuerzos.

Ven Espíritu Santo, porque necesito esa serena alegría

para que no se me marchite el alma, para que no afloje mi esperanza,

para que no me aprisionen las tristezas de este mundo vano. Ven Espíritu Santo”.

(Más minutos con el Espíritu Santo. Otro año con fuego divino,

Víctor Manuel Fernández, Editorial Claretiana, 2020).



Anímate a dar el primer paso

Si evangelio significa “Buena Noticia”, podríamos decir que, el capítulo quince de Lucas es el corazón del evangelio. Jesús se sirve de estas situaciones para dejar claro a los cuestionadores que: ¡así actúa Dios! Esta es su bendita debilidad. Y por otra parte, Jesús se comporta así porque ese es el modo de actuar de Dios: sale al encuentro de lo que se considera perdido, recuperar lo perdido es su alegría más plena.

El papa Francisco en *Evangelii Gaudium* nos dice que “la alegría del evangelio que llena la vida de los discípulos es siempre una alegría misionera” (EG 21). El hombre y la mujer son personajes que salen al encuentro, dan los pasos necesarios.

Anímate a dar el primer paso. Para los cristianos esto no es ninguna obligación, ni un peso, es una opción personal que nos llena de alegría y nos otorga identidad (cfr. EG 269). Es el modo de actuar de Dios.

Te invitamos a pensar por un momento ¿qué primer paso puedo dar para ayudar a restaurar alguna alegría perdida? Quizá me toca pedir perdón por alguna discusión, realizar una llamada a una persona alejada, tocar a la puerta de un familiar al que hace mucho tiempo no visito, acercarme a un vecino que está sufriendo una enfermedad o algún otro problema, invitar a un amigo a salir para conversar y reír un rato, demostrar amor y afecto a mi pareja, mis hijos, mis padres y hermanos.

SEMILLERO

Este aporte nos invita a seguir redescubriendo la exhortación *Evangelii Gaudium* que, según la Autora, es la “hoja de ruta del papado” de Francisco. En ella, “acudiendo en ayuda de la coyuntura propone el ‘PIAFF’, sinónimo de la Iglesia en salida, un muy buen método que le copió al estilo de Jesús”.

En esta obra, la Autora se anima a cuestionar situaciones que preocupan a los cristianos de a pie. Habla de lo que pasa en nuestras comunidades, de las homilias, del lugar que ocupan los jóvenes, del rol de la mujer en la Iglesia, y de tantos otros temas, que a veces resultan álgidos. Todos ellos son contemplados a través del cristal de la *Evangelii Gaudium*, e iluminados con las actitudes que tuvo Madre Catalina frente a las distintas situaciones que le tocó enfrentar.

¿Para qué sirve, en qué consiste, el método PIAFF?

“PIAFF es un acróstico formado por las palabras: *Primerear*, *Involucrarse*, *Acompañar*, *Fructificar* y *Festejar*. Viviéndolo como hijos de Dios, construiremos con Él una Iglesia en salida, una comunidad evangelizadora (Cfr. *Evangelii Gaudium* 24.). Iré describiendo cada una de las palabras:

Primerear: es un neologismo, es decir una palabra inventada, en este caso por el papa Francisco. Con ella se refiere a que Dios siempre nos *primerea* en el amor, sale a nuestro encuentro para que, habiendo experimentado el ser discípulos, salgamos como misioneros a contagiar a los demás esa misma experiencia sin miedo y sin dilación de tiempo, yendo a los más lejanos y excluidos a llevar la misericordia del Padre. ¡Debemos atrevernos a *primerear* a los demás! (Cfr. *Evangelii Gaudium* 24.). ¡A ser cómplices de Dios en la llegada a los hermanos! Es una invitación a salir de nuestro confort, a sacudir nuestra modorra y animarnos a ver y a ir, con creatividad y decisión, a las periferias, a los lastimados. Tenemos que innovar, abrir puertas para que entren otros y salir nosotros de la rutina o desencanto en los que caemos por seguir estructuras a veces caducas. Tenemos que llegar, antes de que sea tarde, a todos los ambientes; no esperar a que otros hagan lo que nos toca a nosotros.

Involucrarse: tiene que ver con el “olor a oveja”, con la cercanía que todo evangelizador debe procurar, empezando por el pastor.

En el lavatorio de los pies, Jesús se arrodilla ante sus discípulos y después les dice que sigan su ejemplo (Cf. Jn 13, 17). La comunidad evangelizadora se mete con obras y gestos en la vida cotidiana de los demás, achica distancias. No hacen falta gestos enormes o sacrificados. Pensemos en cuánto cambian nuestras relaciones si nos llamamos por el nombre, si decimos buen día, por favor, perdón y gracias; gestos que van formando comunidad. Y cuánto más si hay una celebración en la misa tal como cumpleaños, aniversario de bodas, bautismo. Acercarnos a saludar, a felicitar, ubicar con una sonrisa a los fotógrafos que, por su trabajo, olvidan la ceremonia. Visitar a los enfermos, preguntarle al sacerdote qué necesita... Con la ayuda del Espíritu Santo, el lector encontrará varios más, que consistirán en la misión que Dios le tiene en la comunidad evangelizadora.

Involucrarse es la consecuencia de *primerear*. Llegar al otro con el mensaje de Cristo no tiene sentido si no

empatizo, si no me hago cargo, si no rezo y abrazo sus alegrías y dolores para amarlas y repararlas. (...)

Acompañar: se da como resultado de vivir las dos anteriores. La Iglesia en salida, la comunidad evangelizadora, acompaña los procesos pacientemente, por más largos y duros que sean, porque tiene aguante apostólico y evita maltratar los límites. Aquí, cuando aparecen los obstáculos, puede surgir la tentación de sentirse abatido, desesperanzado y con ganas de abandonar. Nuevamente debemos recordar que hemos sido *primereados* por el amor de Dios y que Él nos sostiene.

Acompañar es el mejor modo de involucrarse. El que acompaña es el que espera, el que anima, el que soporta. El que se acerca a dar un abrazo, una sonrisa, el que felicita, agradece y confía, el que propone a Cristo sin imponer, el que muestra con su afecto y su coherencia que Él está vivo.

Fructificar: Como en una secuencia lógica, si desarrollamos las anteriores, los frutos llegan porque la semilla está sembrada y el Señor la fecunda. La comunidad evangelizadora cuida el trigo y no pierde la paz por la cizaña, ni tiene reacciones quejasas o alarmistas. Encuentra el modo de que la Palabra se encarne y dé frutos de vida nueva más allá de las apariencias. El discípulo-misionero se juega la vida confiando en la Palabra y en la fuerza renovadora de Cristo. Aquí cobra especial fuerza el saber acompañar sin juzgar, porque a veces el mal espíritu de medir los frutos por la cantidad, nos desanima y también nos arrastra a maltratar el límite del otro, exigiéndole lo que aún no puede. Eso nos hace caer en una religión proselitista en lugar de propositiva.

El que siembra es el que tiene esperanza en los frutos, es el que está alegre porque lo que va a venir es mejor que lo que está viviendo, agradece lo que antes sembraron sus hermanos y no exige ver sus logros; tampoco es autorreferente, todo es ofrenda a Dios.

Festejar: finalmente la comunidad evangelizadora celebra cada pequeño paso que da en la evangelización. Lo hace con la Liturgia, de donde saca un nuevo impulso para darse, y también en el simple compartir, como lo hacían los primeros apóstoles. Celebrar hace bien, como hace bien ayudarse, escucharse, compartir penas y alegrías. Si no celebramos seremos cristianos en una eterna Semana Santa sin Pascua.

Pasar por el corazón lo vivido es un modo de celebrar la cosecha y la siembra, evitar el desánimo, las competencias. Compartir misa y mesa como discípulos misioneros llenos de esperanza.

No nos engañemos, no perdamos el tiempo, acudamos al método PIAFF para engendrar una comunidad de discípulos que se han encontrado con Jesús, y lo han hecho centro de sus vidas. Una comunidad de misioneros, que llevan a ese Jesús para que se encuentre con otros. Esa es una Iglesia en salida y que, de a poco, cumple el sueño del papa Francisco de transformar las estructuras eclesiales que condicionan el dinamismo evangelizador (19. Cfr. *Evangelii Gaudium*)”.

(*La Evangelii Gaudium, una novedad eterna. Lo que ya se había escrito en la vida de una mujer*, Silvia Somaré, Editorial Claretiana, 2020).